

1993-12

Cambio social y moralidad

Strozzi, Alejandro

Strozzi, A. (1993). "Cambio social y moralidad". En Renglones, revista del ITESO, núm.27.
Tlaquepaque, Jalisco: ITESO

Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/1598>

*Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia:
<http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-2.5-MX.pdf>*

(El documento empieza en la siguiente página)

Cambio social y moralidad

Alejandro Strozzi



Poole, Ross. *Moralidad y modernidad: el porvenir de la ética*, Herder, Barcelona, 1993.

El objetivo principal del autor es ofrecernos una explicación del por qué del fracaso de la moralidad en los tiempos modernos. En este libro se establece que el mundo propicia la existencia de determinadas concepciones morales, pero al mismo tiempo destruye los fundamentos que permitirían tomarlas en serio. La modernidad, explica Poole, necesita de la moral, pero al mismo tiempo la hace imposible.

Para Poole, el concepto de moral no es universal ni abstracto; cada sociedad construye su propia forma de moral. En ese sentido la modernidad no destruye el fundamento para creer en determinados principios y valores universales, sino más bien no proporciona ninguna razón válida para creer en sus propios principios y valores; la modernidad ha puesto en juego una determinada concepción dominante de lo que significa contar con buenas razones para actuar, dicha concepción tiene como consecuencia que los dictados de la moral ejercen poco influjo sobre las motivaciones de aquellos a quienes van dirigidos. La propia modernidad ha construido una idea de conocimiento tal que excluye la posibilidad del conocimiento moral; por ello, la moralidad se convierte no en materia de creencia racional sino de opinión subjetiva. En un mundo que resulta tan opuesto a la fe y al dogma, la moral puede sobrevivir sólo como cuestión de fe personal o de convicción

dogmática, sin embargo ni en uno ni en otro caso puede la moral conservar la autoridad que necesita para desempeñar el papel que le incumbe en la vida social e individual.

Ross Poole recurre al término "modernidad" para referirse a esa forma de sociedad que comenzó a existir en Europa Occidental en los siglos XVII y XVIII, que encontró su manifestación primordial en América del Norte y que ha ido extendiéndose por el resto del mundo. El concepto posee la carga intencional de evocar la idea -puesta en circulación por lo menos desde inicios de dicho periodo- de que el mundo moderno difiere en aspectos importantes de otras formas de sociedad ("premodernas", "tradicionales").

En los tres primeros capítulos el autor intenta describir las características de la sociedad moderna: la idea de que la difusión de las relaciones de mercado es la clave para comprender la vida social moderna fue producto de los intentos de los autores del siglo XVIII por entender la nueva sociedad comercial que estaba iniciando entonces su vuelo. El concepto de mercado fue el gran logro de la economía política clásica; aún hoy una versión de lo anterior continúa dominando en la corriente principal de la teoría económica. Para Marx, en el siglo XIX, no era el mercado como tal sino la dinámica de la acumulación del capital lo básico para entender la modernidad. Al comienzo del siglo XX Max Weber quiso explicar la modernidad recurriendo al concepto de "racionalización". En años más recientes, las escritoras feministas han desta-

cado las nuevas maneras de tratar la distinción vigente entre la escena de la vida "pública" y un supuesto, aunque marginado, ámbito de la vida "privada". Este enfoque ha situado la cuestión de la distinción de sexos en el corazón mismo del análisis de la modernidad.

Explica Ross Poole que estos enfoques se han desarrollado a menudo como respuestas críticas de unos a otros; sin embargo, para los objetivos de su tesis, el autor los considera como complementarios puesto que cada uno de ellos ejerce la función de destacar aspectos de la vida social ignorados o poco considerados por los demás. Cada uno proporciona una descripción de un modo de vida característico del mundo moderno; cada uno ofrece su propia perspectiva de la actividad y las relaciones humanas y -ni en el último ni el más secundario lugar- una concepción de la moral. Estos modos de vida y sus morales propias asociadas subsisten según diversas relaciones de complementariedad y tensiones mutuas.

Una parte del problema moral de la modernidad consistiría en que no existe una forma regulada con principios que permita resolver las discusiones que se dan entre aquellas morales. Lo anterior, según Poole, no es más que el mero síntoma de un problema más profundo. La modernidad no proporciona ninguna buena razón para aceptar alguna de las morales en litigio; cada moral distinta hace su planteamiento propio de lo que los individuos deben hacer, pero ninguna de ellas da un buen motivo para que los hombres las tomen en serio; dadas las concepciones acerca de la acción y la racionalidad predominantes en el mundo moderno, un individuo no puede menos que rechazar las pretensiones de la moral. Poole cita a Bernard Mandeville, quien sugirió a comienzos del siglo XVIII que la moral no puede ser más que un sistema de ilusiones cuya justifica-



ción principal es que sirve a determinados fines sociales.

En los siguientes capítulos Poole considera tres de las más importantes respuestas morales de la modernidad, todas ellas basadas en el liberalismo, según una forma ampliamente fundada en el sistema de Kant, y que continúa dominando el debate moral en la filosofía reciente. El autor precisa y critica tres distintas versiones del liberalismo: la de Alan Gewirth, la de John Rawls y la de Jürgen Habermas. En otro apartado se discute otra ideología moral que ha ejercido una enorme influencia en el mundo moderno, pero que al parecer no ha recibido la atención debida por parte de los filósofos: el discurso del nacionalismo.

Poole también considera la afirmación de Nietzsche acerca de que la

conducta adecuada e inevitable de la época moderna es el rechazo de la moral en su conjunto. Para Nietzsche, el nihilismo sería el destino de la modernidad; un destino que no sólo ha de ser sin más aceptado, sino también abrazado con gozo y entusiasmo. En muchos aspectos, la postura de Nietzsche sería la respuesta más coherente de la modernidad, aun cuando no sea más que una respuesta -literalmente- loca. Poole sugiere que el mismo colapso de Nietzsche en la locura es la señal, en el sentido más fuerte posible, del fracaso moral de la modernidad.

En la parte final del libro el autor intenta ofrecernos algunas sugerencias para superar el fracaso de la moralidad. Su apuesta se encuentra en el papel que puede jugar la filosofía moral en un proceso de cam-

bio social. Así como toda sociedad construye su propia forma de moral, así también cada sociedad elabora sus propias concepciones acerca de la razón, pero es característica especial -casi con carácter de exclusividad- de la modernidad que la razón y la moral vayan por separado. Para superar el dilema que opone razón y moralidad, una alternativa posible es considerar que existen tanto buenas razones para ir más allá de las modernas concepciones de la razón, como motivos morales para ir más allá de las modernas ideas de la moral; sin embargo esto requiere que vayamos más allá de la modernidad. Poole aduce que el fracaso de la modernidad en cumplir sus propias promesas nos da cierta razón de querer superarla; asimismo una razón más profunda la da la propia naturaleza humana, siempre insatisfecha y en peligro de desaparecer. La filosofía moral ha empezado recientemente a reafirmar su ambición tradicional de delimitar su posición en las cuestiones sociales importantes del momento, y arguye Poole que si ha de tener éxito en esta empresa, debe por lo menos tomar en serio su propio contexto social. Con frecuencia los filósofos morales -especialmente aquellos vinculados a Kant o al utilitarismo- han tendido a buscar un punto de ventaja externo desde el cual pudieran ser valoradas las cuestiones sociales; aquí el resultado ha sido la vacuidad y la irrelevancia.

La moral, concluye el autor, es un aspecto de la vida social, y sólo como tal puede sentirse inducida a disponerse críticamente a ser referida a las costumbres sociales existentes; como aspecto de la vida social, lo moral se halla sometido en sí mismo a la crítica y al cambio social. Es aquí donde la tarea de la filosofía moral puede participar en este proceso de crítica y ayudar a la dirección del cambio. ◆